



## VASCOS EN COLOMBIA

*Francisco de Abrisqueta*

**Francisco de Abrisqueta**

## VASCOS EN COLOMBIA

Señora Directora, señoras, señores.

Déjenme que les exprese mi más sincera complacencia por el honor que me han concedido al poner esta cátedra a mi cuidado, para exponerles, aún cuando sea en la brevedad de unos minutos, mi bella experiencia de 50 años en Colombia en función del pueblo vasco, como observador continuo de la realidad espléndida que me rodeaba.

### INTRODUCCION

La importancia de los vascos en América, en su dimensión y en la participación en la historia de aquellos pueblos, es cosa reconocida por propios y extraños. El vasco, en el Continente americano, en cierto modo, siempre se ha reconocido. Sin embargo, todavía, después de los trabajos de José Uriarte, Segundo Espizua, Pierre Landa, Francisco Grandmontagne, José Colá y Gode, Juan Otaegui, los dos tomos *Vascos en Colombia* publicados por don

Discurso de ingreso en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País

11 de Diciembre de 1987

## VASCOS EN COLOMBIA

*Francisco de Abrisqueta*

Señora Directora. Señoras. Señores.

Déjenme que les exprese mi más sincera complacencia por el honor que me han concedido al poner esta cátedra a mi cuidado, para exponerles, aún cuando sea en la brevedad de unos minutos, mi bella experiencia de 50 años en Colombia en función del pueblo vasco, como observador continuo de la realidad espléndida que me rodeaba.

### INTRODUCCION.

La importancia de los vascos en América, en su dimensión y en la participación en la historia de aquellos pueblos, es cosa reconocida por propios y extraños. El vasco, en el Continente americano, en cierto modo, siempre se ha reencontrado. Sin embargo, todavía, después de los trabajos de José Uriarte, Segundo Ispizua, Pierre Lande, Francisco Grandmontagne, José Colá y Goiti, Tomás Otaegui, los dos tomos *Vascos en Colombia* publicados por don Jaime de Kerexeta y el que os dirige la palabra esta noche, y *Presencia vasca en Colombia*, también del autor de esta conferencia, son escasos los estudios que recogen el devenir de nuestro pueblo por aquel extenso hemisferio. Algu-

nos aportes escritos sobre Argentina, Uruguay, Chile y Venezuela, la memoria para optar a la licenciatura en Historia de María Pilar Pildain Sallazar: *Ir a América*, y la contribución para los Estados Unidos del Programa de Estudios Vascos de la Universidad de Nevada: *Amerikanuak* de William Douglas y Jon Bilbao, así como episodios aislados desde el Mar del Norte, como el libro *Vascos en el río San Lorenzo* hasta las biografías de Juan Sebastián de Elcano en la travesía del estrecho de Magallanes o Lope de Aguirre en la odisea amazónica. Contribuciones parciales, artículos, ensayos desintegrados.

## PRIMERO, JUAN VIZCAINO.

La presencia y la actuación de los vascos en el descubrimiento de América se deja sentir desde los preparativos del primer viaje colombino, en 1492. El Almirante genovés encuentra la decidida colaboración de Juan de La Cosa, o Juan Vizcaíno, como se le llama en los documentos de entonces, propietario y maestro o patrón de la mayor de las tres naves, de la *Santa María*, antigua *María Galanta*, la capitana y guía de la expedición.

El Vizcaíno también participó, junto con varios vascos (Sebastián de Olano, Francisco de Garay y otros) en el segundo viaje, el de 1493. Le llaman "maestro de hacer cartas de navegar". Y, por fin, Juan Vizcaíno se enrola con un grupo de vascos (Bilbao, Arriarán y Bernardo de Ibarra, el amanuense del Almirante) en el tercer viaje, el de 1498. Al año siguiente, partiendo de las bocas del Orinoco, se emprende la primera exploración costanera por el litoral de la Guayana, Trinidad, Margarita, penínsulas de Paraguaná y de la Guajira, hasta el Cabo de la Vela y Bahía Honda. Conduce la expedición el piloto y geógrafo Juan de La Cosa, con el Capitán de Castilla la Nueva Alonso de Ojeda y el cosmógrafo florentino, pintor de mapas, que, por azar, terminó dando su nombre al nuevo continente, Américo Vespucci.

La actuación importante y valiosa de Juan Vizcaíno no terminó con las primeras exploraciones de las costas norteñas del Continente sudamericano. En 1500, el sevillano Rodrigo de Bastidas, en asocio con el piloto de la costa cantábrica, organiza desde el puerto de Sevilla una nueva expedición, descubridora de otros litorales firmes, venezolanos y colombianos. En los dos primeros años del siglo XVI, desde el Cabo de la Vela, Juan de La Cosa, continúa, con Bastidas, la navegación más de 150 leguas hacia el oeste, por Río de Hacha y la ensenada de Gaira, pasando a la altura de Santa Marta y bocas de Río Grande de la Magdalena. A medida que avanzan bautizan puertos (Gale-

ra, Zamba, Cartagena) e islas (Barú, San Bernardo, Fuerte, Tortuguilla). Entran en la bahía de Cispatá. Llegan al río Sinú, cruzan la punta Caribana y arriban al golfo de Urabá o Darién del Norte. Siguen más al oeste, doblan la punta del Cabo Tiburón, prosiguen hasta el cabo de San Blas, y todavía adelantán diez leguas más hacia el oeste, terminando en el paralelo 10 norte, en el puerto de Escribanos. Así, Rodrigo de Bastidas y su piloto Juan Vizcaíno descubren las costas de Colombia, Panamá y parte de Centroamérica, antes que las visitara Colón en su cuarto y postrer viaje, el de 1502, cuarta travesía colombiana, en la que navega la *Vizcaína*, carabela tripulada por el contraalmirante Fuenterrabía, por Larrinaga, Anzurraga y otros vascos.

De La Cosa traza, en pergamino, en 1500, la primera carta geográfica de estas costas e islas, el primer mapa mundi que incluye el Nuevo Continente, anterior al mapa de Vespucci, documento perdido hasta que el Barón Alejandro de Humboldt lo encontró, mucho después, en 1832.

Años más tarde, en 1508-1510, Juan de La Cosa con Ojeda y el andaluz Nicuesa, realiza otros dos viajes al Darién y las costas de Panamá con el cargo de Lugarteniente y Alguacil Mayor. Trae el propósito de fundar poblaciones en Tierra Firme. En uno de estos intentos de penetración habría de morir luchando contra los bravos indios turbacos, junto a Cartagena de Indias. Su misión cartográfica ya estaba cumplida. Trazó el primer mapa del litoral colombiano y del Caribe para la cultura y navegación universales.

## DESPUES, EL OTRO OCEANO Y LA TIERRA FIRME

En el cruce del istmo desde La Antigua y en el hallazgo de las aguas del Pacífico intervienen, muy de cerca, con el extremeño Vasco Núñez de Balboa, Juan Caicedo y los bilbaínos Martín de Zamudio y Pedro de Arbolancha, el mensajero que llevó a Europa la primera noticia del descubrimiento del Océano Pacífico.

Más tarde, la costa colombiana del nuevo mar la recorre y explora el vasco-alavés Pascual de Andagoya, nacido en Cuartango, al oeste de Vitoria. Andagoya, Visitador General de los Indios, bajo el mando de Pedro Arias, recorre, en 1522, desde Punta Piña, en Panamá, hasta la desembocadura del río San Juan, y, en 1540, partiendo de Panamá hasta la bahía de Buenaventura, que llamó bahía de la Cruz. De allí, el licenciado Andagoya, Gobernador y Capitán General de las Provincias del Río de San Juan y del Perú, se interna

por la cuenca del Dagua, en Buenaventura, hasta el Valle del Salado, que llamó Lili, lo que es hoy la importante ciudad de Cali, centro de la industria azucarera colombiana. Tenía este hombre de letras y Cronista del Sur de la Nueva Granada en el siglo XVI, autor de la *Relación de los Sucesos de Darién*, el nombramiento de Gobernador de las Costas del Pacífico. El Adelantado Andagoya, el alavés extraordinario, abrió paso, con sus atrevidas exploraciones, al viaje de Pizarro rumbo al Imperio Inca, en 1525.

En las incursiones conquistadoras hacia el interior, que arrancan de Santa Marta, de Cartagena, de Santa María la Antigua del Darién y de Panamá, a través de la costa del Pacífico, toman parte activa y muy importante, cuando no las encabezan y dirigen, figuras vascas de la conquista: Viena, Berrio.

Con la expedición del alemán Alfinger hacia el valle de Cúcuta en la frontera venezolana van Amaya y Bascona.

En las tres grandes penetraciones, la de Quesada, Federman y Belalcázar se alistan capitanes, soldados y frailes vascos. Con el cordobés Jiménez de Quesada vienen Aguirre, Baracaldo, Carranza, Duarte, Inza y Montoya, Navarro, Ochoa, Olano, Orozco, Salazar, Soraluze, Ugarte y Zagarra, entre otros.

Con el tudesco avanzan Arce, Ayala, Guevara, Navarro, Salazar, y Vasuña.

Con Belalcázar, el otro cordobés, llegan Avendaño, Esquivel, Orozco.

## LAS CIUDADES Y LAS BASES DE LA ADMINISTRACION

A la conquista del territorio de la actual República de Colombia siguen las fundaciones de las ciudades que habrían de consolidar el dominio español, afinar la población, permitir el ejercicio de la autoridad de la corona e iniciar una economía colonialista de la explotación de la tierra y del aborigen por parte de los encomenderos.

En estos pasajes de la primera mitad del siglo XVI también se hacen notar los vascos, con sus buenas y malas cualidades, con ambiciones de mando y de riqueza. No hay fundación en la que no se distinga algún natural del País Vasco, muchas veces bajo el gentilicio, en aquel siglo de nominación racial común para todos los vascos, incluyendo a los vascos continentales, de "vizcaíno".

Andagoya ordena la fundación del puerto de Buenaventura, en el litoral pacífico. En la fundación de Santa Fe de Bogotá, González Jiménez de Quesada designa como uno de los dos primeros alcaldes a Jerónimo de Inza. Otros primeros alcaldes de apellido vasco fueron Pedro de Ayala, en Cali, y Martín de Arriaga, en Cartago.

Neiva la funda Diego de Ospina -otro Diego de Ospina la fundaría por tercera y definitiva vez, a principios del siglo XVII-

Pamplona y Tudela de Muzo, Pedro de Ursúa. Ibagué, en el valle de Las Lanzas, Andrés López de Salazar. Remedios de Antioquía, el capitán Francisco Martínez de Ospina, el mismo que más tarde establece Mariquita. Villa de Leiva, Juan de Otolara.

En otras muchas creaciones de este período, en aquéllas que también llegaron a ser ciudades capitales del país, en las de Santa María, Cali, Popayán, Bogotá, Tunja, los nombres de vascos constan entre los testigos, entre los primeros alcaldes y entre los miembros de los cabildos o entre los eclesiásticos. Los Aguirre, Chaiburu, Chazarreta, Garibay, Loyola, Unzueta, Zúñiga y otros 24 que tengo en más listas, además de los nombrados anteriormente.

Después, en la administración y gobierno de los regímenes coloniales, se hace más frecuente la actuación del pueblo vasco. Una de las figuras más sobresalientes de este ciclo de instalación del gobierno civil y de la organización socio-económica, fue el Visitador, licenciado Miguel Díaz de Armendáriz, portador de las nuevas leyes protectoras de la población indígena, promulgadas por Carlos V a instancias de Fray Bartolomé de las Casas y de Francisco de Vitoria.

Al instaurarse, con la llegada de Armendáriz, en 1546 la Audiencia de Bogotá, hay vascos entre los gobernadores y oidores, los letrados Navarro y Salazar, por ejemplo, y otros en importantes cargos. Adquiere relieve especial, al final del período de la Audiencia, el Oidor, licenciado Francisco Anuncibay.

El primer grito de rebeldía separatista lo da estentóreamente Lope de Aguirre, el implacable oñatiarra, a quien acompañan, como hombres de confianza, en su expedición independentista del Amazonas, otros vascos.

Más tarde, el régimen presidencialista lo encabeza Lope Díaz Aux de Armendáriz, de Cadreita. Por esos días son personajes civiles los Axcoeta, Cai-cedo, Eraso, Gamarra e Ibarra, los Múgica, Orozco, Ospina, Peralta, Salazar.

## LA NUEVA GRANADA COLONIAL

En el régimen colonialista de la Nueva Granada la presentación del vasco se hace más frecuente que en la conquista, y su actuación más notoria y positiva. Inclinado a la administración y a la actividad económica, más que a la guerra, el oriundo del País Vasco ocupa posiciones destacadas, públicas y privadas, en la Audiencia de Bogotá, en el Virreinato y en el incipiente comercio, agricultura y minería. Los hombres vascos aparecen en la Presidencia de la Audiencia, en las Gobernaciones de las Provincias, en el Tribunal de Cuentas de Santa Fe, en el de la Inquisición de Cartagena y en la Casa de la Moneda de Bogotá. Entre los presidentes de la Audiencia gobierna a mitad del siglo XVII el navarro Capitán del Nuevo Reino de Granada, Diego de Egües Beaumont, originario de Tudela, cuya administración colonial la historia de Bogotá y del resto del Nuevo Reino la califica de progresista.

En la Gobernación de Popayán se destaca Jerónimo de Berrio y Caicedo, en el último tercio del siglo XVII, "vicaíno de nación", como consta en los documentos viejos.

Son Tenientes de Gobernador Blas de Aguinaga y Diego Ignacio de Aguinaga.

Son Gobernadores de Provincia Pedro de Velasco y Zúñiga, Francisco Martínez de Ospina, Jerónimo de Berrio y Mendoza, y otros Ospina durante todo el XVI.

Alféreces reales y regidores perpetuos de Cali, los Caicedo.

En esta centuria, el Oidor y Visitador vasco guipuzcoano Juan de Villabona y Zubiaurre ordena al Capitán Ordún Velasco, pueble y funde Bucaramanga. Palmira se levanta en tierras del Capitán Gregorio de Astigarreta y Avendaño. A Tulúa le da carta de fundación el Capitán Juan de Lemus y Aguirre.

Entre los hijos de los pobladores vascos van singularizándose hombres ilustres, a medida que avanzan los años. Al principio del siglo XVII el Arzobispado de Bogotá lo ocupa el doctor Hernando Arias de Ugarte, nacido en Santa Fe, de genealogía navarra, que recibió el título de Protector de Indios. Más tarde, en 1627, es nombrado para la silla arzobispal Julián de Cortázar, durangués de nacimiento, anteriormente obispo de Tucumán, cuyos restos reposan en la catedral de Bogotá.

En el siglo XVII, además de los nombrados, están otras primeras figuras enraizadas en casas solares vascas: Arango, Atehortúa, Avendaño, Goñy, Isaza, Londoño, Maya, Saldarriaga, Upegui, Urreta y 33 más.

Como historiador y genealogista del Nuevo Reino de Granada sobresale en el primer tercio del siglo decimoséptimo Juan Flórez de Ocáriz, autor de las *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*.

El libro más antiguo impreso en Colombia, en 1738, lo escribe Juan de Ricaurte y Terreros, de doble clara procedencia vizcaína.

A la separación del Nuevo Reino de Granada del Virreinato de Lima a principios del siglo XVIII, y al crearse el Virreinato de Santa Fe, se hace más manifiesta la contribución de los vascos. Pareciera que con el mejoramiento de la organización política y el crecimiento de la colonia los vascos encontrarán medio más propicio para poner en juego sus capacidades de acción y su espíritu de empresa.

Un presidente del segundo período de la Audiencia de origen vasco navarro, Rafael de Eslava, gobierna en 1733 y trae la Comisión Científica de la Condamine.

Entre los catorce virreyes que vinieron a la capital santafereña, cinco eran de origen vasco, en este orden: el tercer virrey, Sebastián de Eslava y Lassaga, del pueblo de Enériz en Navarra, que con otros dos vascos, Melchor de Navarrete y Blas de Lezo, defiende Cartagena de Indias. Eslava, Virrey, Gobernador y Capitán General de las Provincias de este Nuevo Reino de Granada, realizó obras de buen gobierno, entre las que se destaca la fundación de poblaciones de penetración, de verdadera colonización del extenso territorio virreinal. Tuvo una política demográfica que consistió en concentrar en pequeños centros urbanos los grupos indígenas diseminados.

El séptimo Virrey, Manuel Guirior, de Aoiz en Navarra, fue el primer gobernador al que pudiera dársele el título de "economista". Desarrolló una política proteccionista de la agricultura colonial. Además se preocupó grandemente por la instrucción pública.

Le siguen a Eslava y Guirior, en esta nómina de gobernantes de raíz vasca, Juan de Torrezar o Torrezábal, de fugaz gobierno; más tarde, a fines del mismo siglo y principios del XIX, los famosos virreyes que cubren el período inmediatamente anterior al ocaso del dominio de la corona española: don José de Ezpeleta y Galdeano, oriundo de Beire en el viejo Reino de Navarra, y don Pedro de Mendinueta y Mezquiz, nacido en Elizondo. Ambos nombres han sido elogiados por los historiadores en reconocimiento de las obras de progreso civil y de avance económico que supieron desarrollar poco antes de la revolución emancipadora. El Congreso Republicano de Colombia, en 1910, honró a cinco gobernadores de la Colonia colocando una placa de

cho según se entra del frontis del Capitolio Nacional, en la Plaza de Bolívar de Bogotá. Dos de ellos son, precisamente, Ezpeleta y Mendingueta.

## REVOLUCION E INDEPENDENCIA

La aportación vasca en Colombia no termina cuando agoniza y muere la monarquía española en América, a principios del siglo XIX. En la conquista y en la colonia, como hemos visto, llegaron los vascos a América enganchados voluntariamente al gobierno de la Corona. Arribaron, también, en calidad de simples inmigrantes, a afincarse en las nuevas tierras. Sus descendientes, en grado sobresaliente, actuaron en la empresa emancipadora. Los apellidos trasplantados del País Vasco aparecen en todas las organizaciones, juntas, cabildos y comandos de guerra de las campañas independentistas. En la Junta Suprema de 1810. En la Declaración de la Independencia de Cudinamarca. En el Memorial de Agravios de Camilo Torres. En el Acta de la Independencia, el 20 de Julio, en Bogotá, y en la de Cartagena.

En las campañas militares continentales rodean al Libertador Bolívar numerosísimos nombres vascos, cuya cita sería interminable. Oigamos solamente éstos: los Ansoategui, Baraya, Ricaurte, Villavicencio y Berastegui, D'Elhuyar -hijo de José D'Elhuyar, el científico de Bergara, Director de las minas de plata y platino de Mariquita y Fresno en las proximidades del Nevado de Tolina en el siglo XVIII-, Sabarain, Undaneta, y los de estas heroínas: Policarpa Salabarrieta, Eugenia Arrázola, María Josefa Esguerra, Rosa Zárate, y el de la patriota del Valle de Upar, María Concepción Lorepen Ustaris. En las listas de los fusilados, agarrotados, arcabuceados y ahorcados por Morillo, Sámano y otros jefes realistas, llegan a 43 los mártires de la libertad grancolombiana con nombres de fonética vasca.

Hay en la guerra magna, en el ejército independentista, vascos e hijos de vascos de primera generación, como los Campo Larraondo y los Dorronsoro. A la batalla del Puente de Boyacá la hacen definitiva tres nombres. Junto al de Santander, los de Bolívar y Ansoategui.

Por el contrario, de cerca de 50 apellidos de jefes realistas que los historiadores Henao y Arrubla citan en su *Historia de Colombia* al narrar el período de 1810 a 1830, sólo dos -por cierto, de muy oscura actuación-, Landa y Vidaurrázaga, llevan apellidos vascos.

Los hijos y nietos de vascos se dejan sentir el 20 de julio de 1810 y el 16 de julio de 1813. Cuando se le condiciona el poder a Fernando VII y cuando

definitivamente se le niega ese poder. Los vascos de hoy se vanaglorian de encontrar tanta onomástica de Euskadi en la epopeya colombiana de esas jornadas gloriosas.

Podría decirse ahora, lo mismo que a lo largo de toda esta vasconimia y de este compendio de datos biográficos, que los demás, muchos y muy ilustres, eran de origen no vasco. Ciertísimo, pero esa simple deducción no riñe con el único ánimo que he puesto en este trabajo: presentar la contribución vasca inconfundida, para aquéllos a quienes pueda no serles fácil observarla y distinguirla. El propósito, desde un principio, no ha sido el negar los valores ajenos, sino el de recontar, en esta ocasión, los propios.

## EL MAS GRANDE

Si continuamos repasando las páginas de la historia colombiana, y nos adentramos en el régimen republicano de la Gran Colombia, los nombres euskéricos siguen ocupando jerarquías del Estado, del Ejército y de la Iglesia. En el Congreso de Angostura, en las primeras misiones diplomáticas, en la Constituyente de Cúcuta, en las campañas del sur de la actual Colombia y en las de Ecuador y Perú, en Junín y en Ayacucho, abundan los próceres, hombres de gobierno y de armas con marcados apellidos de contextura vasca. Todos excitan la emulación del vasco moderno. Pero en esta ilustre galería un nombre ha resumido la existencia vasca en la liberación de América, nombre que sintetiza y representa por excelencia a todos los demás. Ese apellido es Bolívar, el Padre, por autonomasia, de la Patria, el del quinto nieto de Simón Bolívar e Iburgüen, El Viejo, el Procurador vasco-vizcaíno que, desde el solar de Bolibar en tierras de Euskadi, trajo a Caracas esta vasconomía familiar. Cumbre, imperecedera, vencedora, ineclipsable.

Las acotaciones de apellidos vascos son muchas y valiosas a lo largo del siglo pasado, en la Nueva Granada republicana y en los Estados Unidos de Colombia, en el ejercicio de la democracia y en el imperio de las dictaduras, en la paz y en las guerras. Baste advertir que 24 Jefes de Estado con nombres vascos han ocupado la Presidencia de la República.

Las semillas de los siglos XVI al XVIII, cuando hacia Colombia tuvieron lugar las más nutridas corrientes migratorias del País Vasco, florecen en múltiples ramas, espigas y vástagos. Nombres eúskaros escalan las más señeras alturas de la política, las ciencias, la religión, las armas, las artes y las letras,

hasta arrancar de la pluma de oro del maestro Guillermo Valencia, aquellos versos en su Himno a la Raza, ya amalgamada:

«El cancroso pilar de Guernica  
Mil Renuevos a América dió».

En el siglo XVIII se dan dos corrientes de viajeros vascos a Indias, concretamente al perímetro actual de Colombia. Primero, la Compañía Guipuzcoana de Caracas, cuya influencia rebasó los límites venezolanos, extendiéndose los nombres de sus partícipes a las costas y al interior de Nueva Granada. Y, más tarde, en la segunda mitad de ese siglo, la instalación de las Sociedades Patrióticas de Amigos del País, movimiento renovador, que había de dejar sentir su influencia grande en los destinos del Continente. Estas Sociedades se fundan a imagen y semejanza de la primeriza, la Bascongada; se propagan por toda la extensión del Hemisferio entre las gentes cultas y con inquietudes renovadoras, y vienen a constituir centros de inspiración por la libertad nacional.

Al principio fue la vinculación de personajes peninsulares a las Sociedades americanas. Hay tres en Colombia, entre ellos el virrey José de Ezpeleta, de quien he poseído su ejemplar de las *Actas de la Bascongada*, adquirido por pocos pesos en una librería de viejo en Bogotá, que ahora debe estar en mi colección cedida a la Universidad de Deusto. Sus nombres pueden verse en la relación de socios de la Bascongada. De este contacto parte la floración de las Sociedades americanas. En Colombia están la de Bogotá y la de Cartagena, Popayán, Mompo y otras ciudades.

Los Estatutos mismos, en sus objetivos, nos lo revelan: estimular las voluntades para el cultivo y desarrollo de la prosperidad intelectual y mercantil del Estado en todos los ramos que constituyan principalmente la riqueza.

Es un estudio interesantísimo que invito a la juventud vasca a emprender: la relación entre las sociedades americanas y las peninsulares, y el papel que ellas ejercieron en la diseminación de los ideales patrióticos y en los movimientos revolucionarios de independencia. No olvidemos que Bolívar lanza su primer grito libertario en la Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía de Caracas, y que crea las Sociedades de Lima y Bogotá. Por eso Ramón de Basterra, en 1925, dijo: «Al hecho de que Simón Bolívar haya presentado su primera obra genial inspirada en la Sociedad Bascongada de Amigos del País no se le ha dado todavía la importancia que se merece».

## EL APORTE VASCO CONTEMPORANEO

La independencia interrumpió prácticamente la inmigración vasca hasta después del reconocimiento de la República por el gobierno español. Se reanudó de manera lenta a fines del siglo XIX, y algo más abundante en las primeras décadas del XX. Tiene, en sus comienzos, un carácter eminentemente religioso, con la presencia de jesuítas vascos. Por esos años comienzan a llegar padres jesuítas del País Vasco a los colegios de Colombia, cuya dirección queda en sus manos. Las generaciones de colombianos de 1910 a 1940 tienen una marcada influencia recibida de los jesuítas de la entonces Provincia Cantábrica, a través de los colegios de Bogotá, Medellín, Cali, Bucaramanga, Cartagena y Pasto. Estos padres, hermanos y estudiantes colombianos de Derecho en la Universidad de Deusto de principios de siglo, introdujeron el juego de la pelota en Colombia en las canchas que levantaron en sus colegios y en el frontón que, a principios de la década de los 30, funcionó en Bogotá. Cabe resaltar alguna de las figuras jesuíticas: Zameza, Larrañaga, Gorostiza, Egaña, Eguren, Plácido Múgica -el autor del *Diccionario Vasco y Vasco Castellano*-, que falleció en Loyola en 1982. El padre Manuel Ignacio Santa Cruz Loidi, guerrillero carlista de Eldauyen, que ingresó en la orden, en Pasto, en 1920. En 1892, se trasladó de Jamaica a Pasto, la capital del Departamento de Nariño, fronterizo con el Ecuador, recorriendo los caminos andinos en tren trasandino y a caballo, desde Guayaquil a Pasto. Fundó el Corregimiento de San Ignacio, en el Municipio de Buesaco, Nariño, en plena cordillera, a 40 kilómetros de la capital del Departamento, cuyos habitantes conservan ferviente recuerdo del personaje carlista. En la casa cural de San Ignacio, su Casa de Misiones, que él levantó, falleció en 1926, a los 84 años. En su iglesia está enterrado. Los naturales le veneran como a un "santón", le rezan y le encienden lamparillas frente a la lápida. Este culto a su misionero y fundador de hace 60 años, transmitido por generaciones, preocupó a las autoridades eclesíásticas y de la Orden, al extremo que sus restos, en secreto, fueron trasladados de San Ignacio a Pasto para que la devoción desapareciera. De nada sirvió la medida. Los campesinos del lugar caminaron en manifestación hasta la capital del Departamento reclamando y permaneciendo en demanda pública hasta que les devolvieron el osario de "Taita Manuel", que en fila india procesional, por las veredas del Rosal del Monte, a 3.000 metros de altura, iluminadas con antorchas, portaron en relevos a la iglesia ignaciana de la escondida aldea nariñense. Y allí, en el costado del evangelio, dentro del muro de la parroquia humilde, los indios quillacingas custodian las cenizas del guerrillero

vasco de la última contienda carlista. Ellos no saben quién fue el cura del zamarro y ruana, el cura de la corneta. Les dio un poblado, les levantó una iglesia doctrinera en el lago o quebrada de Nuestra Señora de la Estrada, les enseñó a rezar y a cantar el himno al Santo de Loyola -no en euskera como se ha dicho, que don Manuel tenía muy olvidado su idioma nativo-. Y eso basta para que lo defiendan. «Si supieran en España que aquí están los restos del Padre Loidi vendrían a llevárselos. Pero los sacaríamos, ahí mismito, a pura piedra», me dijo, con sus vocales silbantes, un indio que le conoció cuando era niño el día que le visité de a caballo, con el Padre Eguren, el padre cordillerano de San Ignacio, en las motañas donde vuela el cóndor, el ave sagrada.

Durante los 31 años de destierro colombiano el Padre Loidi, como lo llamaban ocultando el Santa Cruz por razones políticas, había ocupado posiciones modestas en el colegio pastuso de San Francisco Javier. La más alta, la de las clases de inglés y francés, que sus alumnos las recuerdan como deficientes; la prefectura disciplinaria, que ejercía con sus dotes de mando guerrero y estratega, que conservó toda la vida; la enseñanza del catecismo a los criados del colegio, de los que fue padre espiritual; confesor de la portería y visitador de hospitales y cárceles. Allí, en el colegio, dictó al Padre Ignacio Ariztimuño, hermano de "Aitzol", su autobiografía, que acaba de ser publicada, en San Sebastián, por la editorial Idatz Ekintza.

Más recientemente se destacaron entre los jesuitas vascos el Padre José María Uría, azpeitiano, que por muchos años regentó las cátedras de Filosofía del Derecho y Derecho Romano en la Universidad Javeriana de Bogotá, materias sobre las cuales publicó sendos tratados. El Padre Simón Sarasola, de Baliarrain, notable científico, fundador y director del Observatorio de Cienfuegos, en Cuba, con miras a hacer más segura la navegación hacia el Canal de Panamá. Gran meteorólogo, especializado en ciclones del Caribe. Aplicó, por primera vez en la pronosticación de ciclones, el método de las variaciones barométricas. Era académico de honor de la Academia de Ciencias de Colombia y ostentaba la Cruz de Boyacá, concedida por el Gobierno colombiano, distinción de que han sido objeto cuatro vascos. El Padre Sarasola, Pío Baroja, el baracaldés Andrés Perea Gallaga y el bilbaíno Francisco de Abrisqueta. Este último, por sus servicios a la administración pública en el campo estadístico, económico y financiero, en particular en la formación de índices coyunturales de la economía colombiana. Más recientemente, Abrisqueta era distinguido por el Ministerio de Relaciones Exteriores con la Cruz de San Carlos. Hay que nombrar aquí al Padre, bilbaíno también, Juan A. Eguren, exprofesor de la Universidad Pontificia Javeriana, moralista, autor de muchas

obras, entre las que se destacan las concordatorias colombianas y las que se relacionan con la posición moderna de la Iglesia en materia de control de la natalidad y planificación de la familia.

La Orden Franciscana es una de las más antiguas en la evangelización del aborígen americano. Se instaló en territorio colombiano desde los primeros días de la conquista. No ha habido muchos franciscanos vascos en Colombia. Sin embargo, ya en el siglo XVIII algunos padres de esta Congregación, sin duda vascos, introdujeron, como en otros países de América, la devoción a la Virgen de Aránzazu. Se veneró la imagen en Bogotá y en la población de La Palma, en la cuenca del río Magdalena. De ese culto no quedan sino referencias escritas. Por el contrario en la aldea de Gallardo, Municipio de Suaza, al sur del Departamento de Huila, la devoción a la Andra Mari de Aloña está vigente hoy en día en todo su esplendor. Gallardo se halla sobre la inmensidad de los Andes; es un escenario que recuerda las inmediaciones del Aitzgorri. En la primera semana de septiembre acuden a la iglesia que preside la Patrona de Guipúzcoa miles de campesinos, venidos, a pie, de muchas leguas a la redonda. La novena que rezan y los gozos que cantan recuerdan la tradición vasca: «custodiando su ganado, te apareciste a Rodrigo, desde entonces más amigo fue de tí el vascongado...».

Otra figura religiosa vasco-navarra, destacada en las letras, es Fray Pedro Fabo, agustino recoleto. Llegó a Colombia a fines del siglo pasado. Su producción literaria, muy extensa, histórica, novelística, poética, religiosa, etnográfica le valió el ingreso en las academias de la Lengua y de la Historia de Colombia. Manizales, capital del Departamento de Caldas, le debe su historia. También escribió la de su pueblo natal ribereño, Marcilla.

A raíz de la Primera Guerra Europea y en la década de los veinte se reactiva la inmigración civil a Colombia, siempre en muy pequeña escala. En esa época inmigra Luis Miguel de Zulategui, pamplonés, que hizo señalados aportes a la cultura y a la enseñanza de la música en Medellín, hasta su muerte, en 1970. De estas fechas, la segunda década del siglo, data la llegada de los Carmelitas vascos a Colombia. Su obra en varias zonas del país, pero especialmente en la región selvática del Darién, ha sido extraordinaria. Ellos crearon la Prefectura Apostólica de Urabá, en 1919. El primer Prefecto fue el Padre José Joaquín Arteaga, de Estella. El segundo Prefecto, el Padre Antonio Aguirrebeitia, de Bériz, el historiador moderno del golfo del Darién y de esta obra misional carmelita. En el extremo opuesto del país, en la frontera marítima entre Ecuador y Colombia, los Carmelitas han dado dos obispos vascos,

obispos vascos, monseñor Luis Irizar Salazar, de Ormaiztegui, y monseñor Miguel Angel Lecumberri, de Arázuri, que actualmente regenta.

En 1927 se instala otra orden religiosa con miembros casi exclusivamente vascos. Son los Pasionistas. Inician actividades los Padres Gabriel y Salvador Amézola, Juan María Echeandía y Máximo Dañobeitia. En 60 años, el apostolado de los Pasionistas se ha desarrollado apreciablemente en el territorio colombiano.

Después, en la segunda mitad del presente siglo, abren casas, con gran participación vasca, los Sacramentinos y otras varias congregaciones, sobre todo femeninas.

Antes de la Guerra de España, se produce una muy pequeña inmigración civil del País Vasco a Colombia personificada fundamentalmente en el hombre de negocios Eugenio de Gamboa y Arrupe, a cuyo alrededor se formó la primera colonia vasca propiamente dicha. Terminada la Guerra Civil en el País Vasco, antes y al comienzo de la Guerra Mundial, del 37 al 45, y por aquella causa, sobrevino el primer movimiento migratorio vasco de alguna significación. En ese entonces, durante la Presidencia de los Doctores Eduardo Santos y Alfonso López Pumarejo, llegaron aproximadamente 80 adultos y 45 niños. No obstante la pequeñez de la cifra, a partir de ese núcleo integrado esencialmente por profesionales e industriales, la presencia del pueblo vasco se hace patente en el medio colombiano. Se dedican a la enseñanza y a la administración pública, en los campos económicos, estadísticos y fiscales; a la agricultura del ajonjolí que introducen en las zonas tropicales junto con inmigrantes originarios de Canarias, principalmente de los Llanos del Tolima; a las investigaciones agronómicas de los suelos, como en el caso de Fernando Irusta, eibarrés, cuyos estudios de suelos cubren la Guajira al norte, la cuenca del río Magdalena y el Tolima, entre otros muchos territorios; a la pequeña industria, a los seguros, a la alimentación; a la gerencia de empresas industriales grandes; al ejercicio de la medicina y de la abogacía, y a la música y el periodismo. En este último campo participaron Siro F. de Retana y Jon Andoni Irazusta, el diputado tolosarra. Gran parte de este grupo de exilados se ha vinculado social y económicamente, a través de los años, definitivamente a Colombia. Sus hijos y sus nietos, vasco colombianos, mantienen el distintivo de su origen vasco, en la mayoría de los casos. Son predominantemente profesionales. Se han dado en la segunda generación algunos ejemplos de dedicación artística, como el de Kepa Amuchastegui, destacado mundialmente en el mundo del tea-tro, la pintora Libe Zulategui y la guionista de televisión y novelista

Victoria Perea de Restrepo. A una segunda generación pertenece también José Vicente Katarain, el ya famoso editor de las obras del Nobel de 1982, Gabriel García Márquez. En las artes plásticas hay que anotar el aporte dejado por el escultor Jorge Oteiza, creador de las escuelas de cerámica de Ráquira, en el Departamento de Boyacá, y de Popayán, en el Departamento del Cauca. Es autor de la *Interpretación Estética de la Cultura Megalítica Agustiniense*, ese parque arqueológico maravilloso del Sur de Colombia en las altas cabeceras del Río Grande de la Magdalena, arteria geográfica central colombiana.

En la década de los 40 hubo otra contribución muy señalada de los vascos a la economía de Colombia. Ocurrió al fundarse la Compañía Mercante Gran-colombiana. En los primeros años de funcionamiento de esa empresa multinacional andina marineros vascos navegaron como capitanes y pilotos en la mayoría de los barcos de la Gran-colombiana, hasta que el país pudo preparar sus propias tripulaciones.

Después de la Guerra Mundial, en las décadas de los 50 y 60, afluye otro contingente de vascos, unos llamados por el grupo anterior, otros atraídos por la iniciación del industrialismo colombiano en mayor escala. Tampoco la cifra es alta. Habrán venido a todo Colombia, en los últimos 30 a 40 años, algo más de medio millar de vascos civiles. Sus características son muy diferentes de las de la anterior inmigración. Predomina el hombre soltero, joven, ambicioso, con formación técnica industrial, sobre todo procedente de las zonas fabriles mecánicas de Guipúzcoa y Vizcaya. En considerable proporción este contingente regresó a su país de origen o se trasladó a otras repúblicas americanas, en especial a Venezuela. Sin embargo, alcanzó a contribuir en grado reconocible, y sigue conectado, en Bogotá y otras ciudades colombianas, a la creación de las industrias metalmeccánicas y del ensamblaje y a la importación de maquinaria herramienta a otros productos de la industria vasca.

Unos y otros, los inmigrantes vascos de las épocas señaladas, en 1958, constituyen un Centro Vasco como institución de hermandad, entidad patriótica, social, cultural y recreativa, que desarrolló las actividades de este género, propias de los centros vascos del exterior. Ocupan la presidencia, sucesivamente, durante sus 20 años de activa existencia, Fernando Irusta, Francisco de Abrisqueta, Iñaki Garay, Francisco Berrueta y Humberto Iriondo. Con anterioridad la colectividad vasca se encontraba en determinados cafés de dueños vascos y se reunía en las festividades eúskaras consagradas, que fueron dando vida comunitaria al pequeño grupo. En 1945 la colonia donó a Bogotá un monumento dedicado a Gernika, obra de Jorge Oteiza. Con ese motivo, el Concejo de Bogotá dio el nombre de Gernika a un pequeño parque bogotano

bogotano bajo cuya arboleda se colocó el monolito. Desde 1968 el monumento está colocado en la Avenida que, por disposición del Municipio de Bogotá, lleva el nombre de la Villa Foral. Era Alcalde de la Capital el doctor Virgilio Barco, actual Presidente de la República, descendiente directo de la familia del Barco, que dio alcaldes a Bilbao y apoderados a la Junta General de Guernica en el siglo XVIII.

La colonia vasca en Bogotá también se ha distinguido por sus labores culturales. Ha llevado los temas del País Vasco a la escena, a la radio, a la televisión, a la prensa y a la exposición plástica. En 1968, como prueba de agradecimiento a Colombia, bajo el título de *Parnaso Colombiano en Euskera*, editó una antología de la poesía colombiana, bilingüe, en castellano y euskera.

En 1982 miembros de la Colonia Vasca auspiciaron la traducción al euskera de *Crónica de una muerte anunciada*, de García Márquez, bajo el título de *Heriotza iragarritako baten kronika*. En 1984, por iniciativa del Vice-presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, Francisco de Abrisqueta, se publicó en edición bilingüe *Bolívar*, la biografía del Doctor Luis A. Bohórquez Casmallas, traducida al euskera por Jaime de Kerexeta e Iñaki de Zubiri.

Se da la particularidad de que en Bogotá existió una de las bibliotecas privadas vascas más extensas. Por encima de 10.000 libros, folletos y publicaciones sobre temas vascos, biblioteca que fue donada y trasladada al País Vasco.

El Gobierno Vasco anterior a la constitución de la Comunidad Autónoma actual tuvo su Delegación en Colombia. Por este orden fueron Delegados Francisco de Abrisqueta, Andrés Perea Gallaga y Fernando Irusta. La Delegación canalizó, a través del Gobierno de Aguirre, valiosos servicios indirectos en la última Guerra Mundial, que contribuyeron a la custodia de zonas estratégicas del área geográfica del Caribe y del Pacífico colombiano y panameño. A estas labores contribuyó una figura vasca de aventura y leyenda, Luis Gómez Lekube, getxotarra, del que hemos hablado ya. Su vida de bucanero, de corso del siglo XX, ya ha dado lugar a una biografía en inglés cuya publicación se anuncia para pronto *A Wanted man El Cojo Gómez in Colombia*, por Kay Humbel. El "Cojo Gómez", que cojo era desde que los carabineros colombianos le partieron de un balazo una rodilla, dominó por años las selvas impenetrables del Chocó, que separan a Colombia de Panamá. Dominó por la violencia de sus armas, los nudos que desarrollaban sus embarcaciones contrabandistas rápidas (*Euzkadi* iba a llamarse el yate panameño que pilotaba en aguas del Pacífico) y la lealtad de los cholos, los indios cunas, que le creían invulnerable a la metralla. No así de los negros moradores de caseríos costeros. A

tres "morenos" los compraron para que ultimaran a Gómez Lekube en un plañ de pescadores y lo echaran al mar, el de sus travesías de matute, el mar que lo tragó como a pirata del siglo XVIII en algún ataque a Portobello o Cartagena de Indias.

Porque conocía de a pie la jungla y por lancha las bahías le llamaron cuando los dos países fronterizos convinieron sus límites entre manglares y ciénagas, y cuando se trató de vigilar el Canal panameño de los submarinos alemanes y de las radios japonesas. Trece expedientes judiciales a un lado y otro de la frontera le fueron sobreseídos al "Cojo Gómez", el contrabandista sigiloso, querido, temido y odiado, el pirata de las costas, la colombiana y la panameña, para que así se aviniera a prestar su servicio dentro de la ley, cuando otro Lekube, su primo, el Presidente, le pidió que ayudase a la causa aliada: "Por Euskadi, lo que me pidas". La vida del "Cojo Gómez" está novelada en el *Ultimo Corsario*, de Ricardo L. Restrepo, que forma parte de la colección recientemente donada al municipio de Getxo.

En 1942 hizo una visita oficial a Colombia el Presidente José Antonio de Aguirre. Era parte de una larga gira por Sudamérica, que tuvo notable resonancia política. Su presencia constituyó un verdadero acontecimiento que atrajo a lo más selecto de los dirigentes y del estudiantado bogotanos a sus conferencias del Teatro Colón y de la Universidad Nacional. Las autoridades dieron al Presidente vasco altas distinciones protocolarias, entre las que no faltó la invitación a Palacio a la mesa del Presidente Alfonso López Pumarejo.

En 1960 visitó la Colonia Vasca el Presidente Jesús María de Leizaola. Del mismo modo, recibió gran acogida de la colonia y de los medios políticos e intelectuales colombianos.

Desde 1968, Jon Landaburu, magister en Filosofía y doctor en Lingüística por la Sorbona, ha dedicado su actividad científica al estudio de lenguas indígenas de Colombia. Ya antes, dos religiosos vascos compusieron las gramáticas de la lengua catía de la región chochoana y de varios idiomas de los Llanos Orientales del país. Landaburu, miembro del Center National de la Recherche Scientifique de Francia, ha investigado las lenguas y culturas de dos pueblos indígenas colombianos: el grupo étnico Andoke del Amazonas, en la zona cauchera al sur del país, del que formó una gramática y recopiló textos religioso-míticos, y el grupo Arhuako de la Sierra Nevada de Santa Marta, al noreste del país, para elaborar, igualmente, la gramática de su idioma, el ika.

La existencia, conservación de su identidad nacional y adaptación a Colombia de la comunidad vasca dio origen a un extenso y cuidadoso estudio

sociológico, académico, de la socióloga americana -de Boise, Idaho- Hay Hummel, bajo el título de *Twentieth Century Basque in Colombia*.

En todos los tiempos aparecieron bohemios, trashumantes, vascos sin ley ni rey, soñadores, inventores de grandes imposibles; el misántropo huidizo, los exploradores ocasionales de la jungla virgen que mascaron coca y agarraron horrendas borracheras con los brebajes rituales de los indios tribales de la Amazonía. Hubo el que entregó los tres cabritos para hacerse con la india guajira adolescente, de túnica flotando al viento de la Sierra Nevada y cara pintada de negro en defensa del sol tórrido de la península colombo-venezolana. Son los vascos trotamundos, barragarris, que pasan como en una novela surrealista. Ninguno de ellos representa al vasco prototípico de la emigración, pero son personajes que dan gracia al paisaje humano del vasco-americano. El vasco modelo es el asentado, trabajador, responsable. Honrado y leal, que, con éxito o sin él, prueba fortuna valiéndose de su ingenio y esfuerzo, se vincula a Colombia y deja la descendencia de los vasco-colombianos. Es verdaderamente destacada y grande la obra cumplida por los vascos en Colombia. En la religión, la enseñanza y las bellas artes; en la economía, la administración pública, la ciencia y, en general, en la introducción de corrientes progresistas del pensamiento y, sobre todo, de la acción, al pasar de la historia de Colombia.

Yo no sé cómo agradecerles la atención que han prestado a este documental sucinto de los vascos en Colombia. Ojalá les haya parecido de algún interés la existencia de aquellos vascos que, por un motivo u otro, dejaron su patria nativa para hacerse a la tierra amable, a la Tierra Firme, que como dijo el poeta es «tierra buena..., tierra que puso fin a nuestras penas».

Milla-esker.

## **RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO DE D. FRANCISCO DE ABRISQUETA**

*Adrián Celaya Ibarra*

Sra. Directora de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País,  
señoras y señores.

Sr. D. Francisco de Abrisqueta.

Pienso que en este momento quizá está suponiendo que le hacemos un gran honor con esta recepción a la que ha asistido una numerosa concurrencia, y con el diploma que dentro de poco va a recibir.

Yo quiero despejar esas ideas, porque quien debe sentirse verdaderamente honrada y orgullosa es esta Real Sociedad porque hombres como Abrisqueta acepten entrar a compartir esta tarea, antigua y siempre renovada, que nos imponen los Estatutos de la Sociedad. Amigo Abrisqueta, va a entrar Vd. en una Asociación cuyos bienes materiales son escasos, cuya estructura organizativa es muy limitada, pero que está animada de grandes ideales, ideales que un buen número de vascos que se encuentran entre los mejores vascos desean asumir.

Hoy es un día de esperanza, ya que un gran vasco, hijo de Bilbao y ayudante del mundo, durante mucho tiempo lejos de nosotros, nos ha ofrecido esta conferencia de contenido universal, que es el signo, el sello con el cual se compromete a integrarse en nuestro grupo, en la Comisión de Bizkaia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Tengo en las manos un largo *currículum vitae* de cinco folios, repleto de fechas, datos, publicaciones, trabajos, empresas en las que D. Francisco de Abrisqueta ha sido protagonista. Y no voy a caer en la tentación de leerlo, no solamente porque sería muy pesada la larga enumeración de datos, sino también porque quisiera infundirles algo de vida. La enumeración simple de esta fría lista, en la cual como en casillas de un ordenador se enumeran todas las actividades de nuestro amigo, probablemente no sería suficientemente expresiva; hay que darle vida. Detrás de cada una de estas fechas o cifras hay una peripecia vital repleta de trabajo, y a veces de años y esfuerzo, que sería imposible entender en una cita rápida.

Quiero pedir perdón de entrada, porque, después de haber aceptado este encargo, me he dado cuenta de que la personalidad de D. Francisco de Abrisqueta es tan extensa, tan amplia, tan importante, que verdaderamente no soy el hombre capaz de entenderla y de abarcarla, y, por lo tanto, Vds. me perdonarán las omisiones que pueda tener; me las perdonará también el propio Abrisqueta.

Me permitiréis, por lo tanto, que destaque algunas facetas notables de esta personalidad, dado como nos es dado conocerla a quienes la hemos percibido tarde y muy de lejos.

D. Francisco de Abrisqueta nació en Bilbao, unos años antes que el que os está hablando; la fecha del nacimiento la he encontrado muy borrosa, no la he podido leer. Yo no sé mucho de su mocedad, y únicamente puedo decir que estudió en la Universidad de Deusto, en la que obtuvo la licenciatura en el año 1934. El se define a sí mismo como economista-estadístico.

Su actividad profesional la inició muy pronto -ya en el año 35, creo- en el Banco de Vizcaya como asistente de la sección de Estudios Económicos. Creo, aquellos años treinta, que son de mi juventud y de mi niñez, eran tiempos de esperanza en los que parecía asomar una aurora de libertad, aunque fuera el Nervión un mar de dificultades. Nuestras ilusiones juveniles fueron, sin embargo, truncadas por la guerra de 1936 y la larga dictadura que la siguió.

Para muchos, muchos hombres jóvenes y maduros, sonó la hora de dar un salto al vacío; la guerra les imponía la emigración. Y también Abrisqueta hubo de recorrer el mundo en busca de nuevos destinos a muchos miles de kilómetros, como ya lo hicieran muchos de nuestros antepasados. Abandonó esta *Euskalerra polita* para enfrentarse con un porvenir incierto, agravado por la circunstancia de la guerra.

Los que en aquellas fechas permanecemos en nuestra tierra, aunque padeciéramos la guerra de otra manera, acaso no hayamos entendido suficientemente el drama de aquellos millares de exiliados de 1937. Fue la suya una vida de lucha y de dificultades, en la que cualquier fracaso podía ser explicable.

Pero yo creo que si hacemos un balance a la actividad de aquellos hombres, podemos dar por cierto que, en su gran mayoría, en una inmensa mayoría, yo diría que casi en su totalidad, incluso aquellos *barragarris* de que nos ha hablado hace un momento, o el cura, el problemático cura Santa Cruz, con su corneta y su catecismo, cumplieran como buenos vascos, trabajando y participando en el desarrollo de los países hermanos de la vieja América. Algunos, muy especialmente, haciendo una obra extraordinaria y una gran aportación a la cultura y a las actividades de los países que les habían aceptado.

Cuando muchos años más tarde algunos, no todos, regresaron al País Vasco, no presentaron ninguna factura; esto es algo que debemos tener presente. Y en algunos casos, de los que Abrisqueta es un claro ejemplo, nos invitaron a participar y a gozar del fruto de su trabajo.

El economista-estadístico D. Francisco de Abrisqueta se entregó también al trabajo con toda energía, porque el trabajo ha sido siempre para nuestro pueblo la gran fuente de riqueza. Y ya desde 1937 lo encontramos en Colombia en lugares como el Centro de Estudios de la Dirección Nacional de Estadística o como profesor en la Universidad Javeriana.

Bueno, muchos datos por supuesto desaparecieron de mi nota, porque realmente hay muchísimas más cosas que se pueden decir.

Muy pronto se hace notar su competencia, llegando a ser Asesor del Banco de la República, o Asistente en la Unión Panamericana en Washington, antecesora esta Unión Panamericana de la O.E.A., Organización de Estados Americanos, y siempre en estas asociaciones ocupó cargos muy importantes.

Estas circunstancias le han permitido viajar por toda América, y conocer también profundamente la vieja Europa, en la que estuvo haciendo estudios en los años de 1956 y 1957.

De vuelta a Colombia, realiza una enorme actividad en el campo de la empresa, llegando a ser presidente de dos grandes empresas colombianas: "Cerracol" y "Collantes"; sangre de Euskadi profunda, podríamos decir, parodiando a Rubén Darío. Cómo no recordar también a aquellos miles de vascos que a lo largo del mundo han llenado de surcos todas las tierras con las lágrimas de la emigración.

Esta fecunda actividad profesional, en gran parte impuesta por la necesidad, no impidió a D. Francisco de Abrisqueta mantener una importante vida, una importante inquietud intelectual; una vida de un profundo humanismo. Y ello le ha permitido desarrollar inquietudes intelectuales y literarias, de las cuales algunos frutos estamos tocando.

Si nos fijáramos exclusivamente en su labor técnica -con técnica quiero decir en su labor como economista-estadístico- se puede enumerar una larga lista de trabajos en los que se ocupa de las condiciones de vida de los obreros, de la clase media de la renta, de índices de precios, de salarios, de problemas de desarrollo, de sistemas estadísticos, etc. Llega a ser Jefe de Redacción en *El mes económico y financiero*, una revista colombiana, y de la sección comercial de *El tiempo*, en Bogotá.

En todos estos trabajos a mí me llama la atención su preocupación por los temas sociales, temas sociales que, indudablemente, constituyen un punto central de reflexión para el Pueblo Vasco de ese tiempo. Y quizá fuera bueno que estos estudios del Sr. Abrisqueta nos fueran mejor conocidos. Pero también su actividad trasciende de los temas económicos y estadísticos o sociales, y se plasma en una gran inquietud por el tema vasco, que supongo nace también de una gran añoranza. Aunque vive en Colombia, está en el mundo, y no deja ni un momento de estar en Euskadi.

Seguramente esta añoranza, esta añoranza de la tierra que le está manteniendo cerradas sus puertas, es la que le lleva a estudios como *Presencia vasca en Colombia*, con dos tomos en colaboración con D. Jaime Kerexeta, o como *Los Apellidos Vascos en Colombia*.

Y como colofón de todo esto realiza Abrisqueta una gran labor bibliográfica. Tiene una gran colección de libros; como homenaje a Euskal Herria reúne una gran biblioteca, en la que uno tras otro se van juntando más de 10.000 libros, hasta completar una biblioteca vasca que es un auténtico tesoro bibliográfico.

Supongo yo que para reunir esta colección no tuvo que invertir solamente medios económicos, sino mucho entusiasmo, muchos días y muchos esfuerzos, viajes, visitas a bibliotecas, a librerías y, sin duda, tuvo que poner mucho cariño.

No sé si nosotros valoramos suficientemente lo que es un libro, aunque estoy hablando dentro de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, y esto parecería ocioso, pero muchas veces vemos el libro colocado en una estantería que no pasa de ser un objeto decorativo, o incluso una nota de

buen gusto; algunos libros duermen su modorra en muebles elegantes. Hay que ser capaces de arrancar el libro del estante, acariciarlo, zambullirnos en su texto, y entonces es cuando nos hacemos con él, cuando nos llevamos las grandes sorpresas, y cuando descubrimos las maravillas que encierra, porque ningún invento moderno ha conseguido superar la fuerza, la belleza y el poder de un libro. Las grandes ideas están todavía encerradas en un libro; las ideas que mueven y han movido al mundo, ideas estéticas, ideas creativas, ideas científicas, como "El Arpa" de Becker, que es un libro que está esperando que alguien le arranque sus notas.

En una estantería yace el pensamiento de muchas generaciones, y si nos acercamos con cariño a esa estantería, a ese libro, es posible, y todavía hay que esperar que algunos de nuestros estudiantes, inclinándose sobre un texto antiguo, vuelvan a encontrar ideas vitales que el momento actual del mundo hacen necesarias.

Abrisqueta conoció y amó, y conoce y ama, los libros, y no precisamente para tenerlos en una estantería, sino que penetró en ellos, saturándose con su contenido. Sin esta pasión no le hubiera sido posible su increíble colección.

Hay que captar esta gran pasión de Abrisqueta por los libros para valorar la generosidad que supone el gran legado que nos ha dejado. Después de haber conseguido reunir con tanto esfuerzo su biblioteca, regresa a este Bilbao -en el que nos encuentra sumidos en quizá abundancias materiales, pero también en nuestras carencias culturales- y concibe el propósito admirable de hacer donación de su biblioteca vasca al Pueblo Vasco.

Es difícil imaginarse el desprendimiento y el amor a su Pueblo que son necesarios para un acto de esta naturaleza. Aquella biblioteca, que es parte de su vida, y tan importante como para cada uno de nosotros puede serlo su pequeño patrimonio, nos la regala Abrisqueta sin pedir nada a cambio; la entrega a la Universidad de Deusto, al Parlamento Vasco, al Convento de Lazkao y al Museo Vasco de Baiona. ¿Vds. creen que le hemos dado suficientemente las gracias?

Creo que me estoy dejando muchas cosas en el tintero, pero voy a terminar refiriéndome a la personalidad universal de nuestro nuevo miembro de número.

Se ha hablado muchas veces del vasco universal; es una expresión a veces infalible, que se utiliza con un interés que no quiero detenerme a analizar, y que a veces se contrapone al vasco aldeano, encerrado en sus ciegas ideas, sin

percatarse de que cada aldeano puede ser un hombre que se encierra en Bilbao como quien lo hace en Madrid o en Burdeos.

La universalidad del vasco no es otra cosa que su apertura a los problemas del mundo y a las ideas universales. Se es universal cuando nada de lo que es humano nos es extraño. Es un emocionante signo de universalidad el que muestran los miles de vascos derramados por todos los continentes, integrados en las más diversas sociedades, sin renunciar por ello a sus raíces, porque sólo podemos estar en el mundo si somos de algún lugar.

La palabra América es para los vascos símbolo de universalidad. Hay tantos esfuerzos y tanto trabajo, tanta sangre vasca derramada en aquel continente, que no podemos dejar de pensar que América es también algo nuestro, que forma parte de nuestra alma y de nuestra vida. D. Francisco de Abrisqueta es en este sentido un vasco universal. No solamente ha viajado por los más diversos países, sino que se ha integrado en América, se ha ocupado de sus problemas y se ha esforzado por el bienestar y por la unidad de los países americanos. Se entregó a Colombia muy especialmente, a ese hermosísimo país al que no podemos ser indiferentes.

Abrisqueta ha trabajado por este país, y, porque constituye su modo de actuar y de amar, ha reunido también sobre Colombia una hermosa biblioteca.

Y, casi terminaré con una anécdota, un sucedido hace quince días, cuando visitábamos varios miembros del Consejo del Poder Judicial el Parlamento Vasco. Allí, después de enseñarnos toda la casa, y después de hacernos algunos obsequios, nos llevaron a ver una biblioteca, una biblioteca que fundamentalmente es una biblioteca vasca. Allí nos explicaron que en gran parte esa biblioteca contenía títulos donados por Abrisqueta; otra gran parte procedían del fondo de otro gran vasco, D. Juan Ramón de Urkijo. Pero en un compacto, en un gran compacto, había una amplísima colección de libros, de la que, al abrir la puerta, el guía nos dijo: «Esta es la colección más completa que existe sobre Bolívar». Y yo pregunté ¿de dónde procede esta colección? Me dijeron, es un donativo de D. Francisco de Abrisqueta.

Comprenderéis que yo no puedo dejar de sentirme orgulloso de ser vasco cuando hay hombres como éste, y me siento muy honrado de que haya aceptado y tolerado mi pequeño discurso de recepción en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

Orain euskaraz amaituko dut, txarto baina euskeraz. Ikusiko duzue ez daukadala erreztasunik euskaraz egiteko, baina, zelan lortuko dot erreztasuna? berba ez badut egiten. Abrisketaren brurz mensaje bat... gure gaztearentzat:

Iñork ez daki bizitzak zer ekarriko duen, baina euskaldunok badaukagu gizon zintzo eta bikaina, gure maisua izateko, eta zelan bizi behar dōgun erakusteko. Horretariko gizon bikaina gure Abrisketak jaunak; lan asko eta asko egin duen Euskalerrirengatik; munduko gizon eta herri guztien alde egin bada, zelan euskalerraren alde egin? Hemen, gure artean, gure Bilbon dago gizon honek, eta hemen eta guretzat bere ikasgaiak emonen... Ondiño... gauza ederrak irakasteko. Hau bai, bilbotar jatorra eta bikaina! Eskerrik asko Abrisketa jauna.